

Lingüística inmanente y lingüística trascendente

L. Michelena

LINGÜÍSTICA INMANENTE
Y
LINGÜÍSTICA TRASCENDENTE

L. MICHELENA

Estas líneas son como la condensación de cosas de que tuve que hablar, precisamente en Bilbao, no hace tanto tiempo. Las intervenciones trataban de la lengua, las lenguas o el lenguaje en general, juntamente con cosas que se salían de lo lingüístico. Lo mío, entonces y ahora, tiene poco de novedoso, como se echará pronto de ver.

Me interesa presentar desde el principio, como marco de lo que sigue, algo sobre lo que soy y lo que, por mi trabajo, me ha tocado conocer y vivir.

Puesto pues a contar y ya que he hablado de vida, empezaré por describir a muy grandes rasgos *meine Erlebnisse* —mis vivencias que decían los orteguianos—, dentro o al margen de las prolongadas marchas, no sé hasta qué punto avances o retiradas, de la lingüística cercana y lejana. Y voy a empezar casi al pie de la letra por donde empecé hace ahora quince años el primer, y único hasta el momento, curso de sociolingüística que me ha tocado dar en mi vida. Aquella primera exposición terminó mal, mejor dicho no terminó, pero dejó este amargo recuerdo para unas memorias que por ahora no tengo pensadas.

Como mi salida había sido tardía y lenta, tuve que empezar a iniciarme, a poco de haber comenzado a ocuparme de este oficio —la lingüística en alguno de sus aspectos— como medio de vida, primero complementario y luego principal, con lo que en palabras de Hjelmslev se llamaba la 'lingüística inmanente', que discurre sobre las lenguas en la medida en que éstas pueden ser consideradas como mónadas autosuficientes sin ventanas al exterior. Pero será mejor que me limite a repetir lo que Emilio Alarcos Llorach explicó, con su transparencia de siempre, en una *Gramática estructural*

(pág. 2) que apareció por primera vez, lamento recordarlo, hace ya treinta y tantos años.

«Después de Saussure, se sabe que la lengua es un sistema de signos. En el conjunto heteróclito del lenguaje hay variados elementos, cuyo estudio pertenece a disciplinas muy diversas. Eliminados estos elementos, no queda más que lo que se llama la *lengua*, un patrón de normas para comunicarse que reside en la masa de los hablantes, una entidad supraindividual que se impone necesariamente a todos los individuos de una comunidad idiomática. La lengua forma un sistema en que todo está relacionado; de otra manera su efectividad sería nula».

Tengo que reconocer que todo esto, al igual que ideas posteriores, me cogía un tanto desde fuera, ya que yo tenía elegido dentro de la lingüística un campo poco llamativo, de rentabilidad baja pero razonablemente segura que, tras haber dado pasos de gigante durante bastantes decenios, se había puesto a caminar a paso lento, aunque sin retrocesos de consideración. En esos momentos, de todos modos, el estructuralismo, hasta en su variante glosemática, ya no aparecía como enemigo frontal de lo mío, y era tentador, progresivo y distinguido por lo mismo que por aquí era minoritario. Todo esto sucedía, claro está, antes de que se produjeran las conversiones masivas precisamente cuando el estructuralismo había empezado a derrumbarse. A derrumbarse tal como se derrumban estos entes, por pérdida de adhesiones, no sin dejar algunos, pocos o muchos, frutos permanentes.

Por mi parte, además, no podía dejar de recordar que Meillet, comparatista confeso y maestro de comparatistas, escribió, como Alarcos acaba de traducir: «La langue est un système où tout se tient». Bien es verdad, sin embargo, que, según Mounin, *système* no significa ahí *système*, en el valor mágico de esta palabra.

Hoy, lo he indicado aunque no hacía falta, las cosas son bastante diferentes. También entre nosotros, «sicherlich ist der Strukturalismus nicht mehr 'in'». Uno mismo, hasta por inclinación apasionada, no se conforma con descripciones y clasificaciones, por más que sean indispensables. Tiene la impresión de que el pensamiento ha de ir más lejos para poder apellidarse científico; es, por otra parte, un tanto generativista como incansable buscador de reglas de reescritura, y no le desagrada en absoluto hablar u oír hablar de transformaciones. Todo esto, además, hace que vuelvan a su mente conceptos y técnicas que, en lo que es *stricto sensu* su disciplina, son

ya centenarios y nunca han caído en desuso y menos todavía en olvido.

Sea como fuere, Chomsky, y empleo sólo su nombre para mayor sencillez, no anda en lo esencial y en el sentido que aquí interesa tan lejos de Saussure, antecesores y prolongaciones. La *competence* algo tiene que ver con la *langue* y, mientras nos movemos en el cogollo teórico de las nuevas doctrinas, no hemos salido del autonomismo de marras. Es cierto que estas ideas tienen conocidas aplicaciones trascendentes, pero también es innegable que Martinet, por ejemplo, ha tenido desde siempre un vivo interés por la sociolingüística, tomada en el sentido más amplio.

Reducir las lenguas a sistemas incorpóreos, no tener en cuenta ni cuándo ni dónde ni por cuántos, etc., son habladas, o considerar al menos todo este género de particularidades como externas y por decirlo de alguna manera accidentales, le parecerá a más de uno un despojo brutal, no sin ribetes de disparate o de esperpento. No hay que olvidar, con todo, que este reduccionismo y esquematización no se ha inventado en y para la lingüística. Bien al contrario, domina en las ciencias reales o fácticas más avanzadas, a empezar por la física.

Se dirá, a primera vista, que la trayectoria de un punto grave lanzado dentro de un campo gravitatorio, que no encuentra aire y mucho menos viento en su camino, no guarda demasiada relación con el curso de don Braulio cuando, en un arrebató de optimismo incontenible, salta a la calle desde un sexto piso. Pero, a segunda vista, y según el juicio de muy juiciosos opinantes, es al revés: a partir de aquel planteamiento desmaterializado nos es posible calcular, como primera aproximación, lo que sucede en la realidad del segundo. Y aunque este caso individual es mera anécdota, no lo es, por ejemplo, el recorrido de tantos móviles, benéficos o maléficó, que se desplazan a nuestra alrededor.

Apunto antes de seguir adelante que los reduccionistas o reductores tienden más bien a disminuir, porque gustos e inclinaciones andan hoy y aquí por muy otros senderos. Cerca de aquí se piensa, creo, que la sociolingüística —palabra que empleo como *cover term* para cuanto toca a las relaciones de una lengua con sus hablantes, con los que no la hablan, con hechos económicos, sociales, políticos, etc.— ofrece una excelente vía de promoción para un joven lingüista o aspirante a serlo, que así puede prometerse una larga vida de renombre, no inseparable de satisfacciones más tangibles. *Apud nos*, en cambio, entre nosotros mismos, y sin renunciar a los

bienes de este mundo, se piensa más bien, a mi parecer, que en la sociolingüística tenemos un arsenal que puede proporcionar los medios de solucionar, en un sentido determinado, nuestros problemas lingüísticos, que no son leves ni escasos. Esta convicción, la de un grupo por entonces, se manifestó ya no más tarde que agosto de 1980, con ocasión del congreso organizado por Euskaltzaindia.

Por lo que a mí me toca, no tengo preocupación, como habría dicho Larramendi. Mi quehacer tiene que ver ante todo con la historia (que comprende también en este caso lo que en sentido estricto deberíamos llamar prehistoria), historia y prehistoria lingüísticas. Con esto, aparte de confesar mi campo de elección, permito la inferencia de que es imposible, más que difícil, estudiar el pasado de las lenguas sin conocer su historia externa, externa desde la estricta observancia de algunos teóricos. No nos basta con saber lo que ocurre, en la medida en que nos es accesible, con los rasgos distintivos, con los fonemas, con las reglas morfológicas y sintácticas, etc. Tenemos que conocer también todo lo posible sobre factores de toda suerte y condición que hayan podido influir en el ascenso y caída de una variedad lingüística, en su expansión y retroceso, en su enriquecimiento y depauperación, en su vida y en su muerte.

Por otra parte, y ya por razones menos profesionales, no he podido menos de interesarme, hasta de manera dolorosa, por cuestiones de esa clase. Lo nuestro, lo que me tocaba más de cerca, me ha llevado a lo lejano; a oír y leer, movido por algo más íntimo que el mero afán informativo, bastantes cosas sobre el presente y el pasado de lenguas diversas. Pero de esto tendré que volver a ocuparme más adelante.

Estando, pues, como estoy, a favor claramente de este género de estudios e investigaciones, me creo obligado, con todo, a hacer alguna admonición, por temor a que esperanzas desmedidas lleven a graves desilusiones. Más aún, por el temor de que puedan favorecer la adopción de actitudes que resulten, a la corta o a la larga, en perjuicio de algunos en particular y de todos en general.

No quisiera, ante todo, que nadie incurriera en un error sumamente corriente entre gentes que se preocupan sobre todo de las virtudes salvíficas de las doctrinas. Debería ser bien sabido, puesto que esto se emplea a menudo como argumento contrario de fuerza casi mortal, que el conocimiento científico —y la sociolingüística es o aspira a ser una disciplina de ese carácter— no da respuestas

a muchas de nuestras preguntas, más precisamente de nuestras 'grandes preguntas'. Tampoco nos pone en vías de satisfacer muchos de nuestros más sentidos deseos. No es, pues, ni una religión ni uno de esos sucedáneos nada infrecuentes en nuestro tiempo que bajo apariencias profanas buscan distribuir valores sagrados.

La cuestión de los fines es algo que ninguna teoría científica podrá resolver. Ante una situación lingüística pueden tomarse distintas posturas: en el fondo tres, como se ha dicho y yo he repetido aquí y allá. Si tenemos lenguas en contacto y en cierto modo en conflicto, hay las clásicas opciones de promoción, de *laisser aller* o de represión, que esto también se da, en forma abierta o disimulada. En nuestro caso, y ante la lengua propia —privativa— que es a la vez minoritaria en cualquier balance objetivo de fuerzas, uno puede sentirse atraído apasionadamente por ella, sentir un interés benévolo, no experimentar más que indiferencia e incluso, aunque sólo sea en lo profundo del corazón, no tener la menor simpatía. O sea, considerarla un estorbo, una traba, un impedimento.

Hay, por lo tanto, que hacer una elección más pronto o más tarde y establecer una escala de valores, una escala de preferencias que funda una relación de orden. La elección y las preferencias suelen estar ya dadas desde la niñez, aunque no es de excluir que alguno, como Saulo en el camino de Damasco, llegue a quedar deslumbrado por una luz tan nueva como irresistible.

Elección y escala no tienen gran cosa que ver, en otras palabras, con la lingüística ni con la sociolingüística. Nada tienen que ver, por resumir, con disciplina alguna que pueda con razón llamarse científica. Si pensamos de otra manera, somos víctimas del error, denunciado por muchos, que G. E. Moore llamó 'falacia naturalista'. Lo que es, junto con lo que fue y lo que será y lo que puede ser, etc., no puede determinar lo que, para mí o para nosotros, *debe ser* en este momento.

Así pues, los fines están más allá de cualquier delimitación que pueda ampararse bajo el nombre de ciencia. Cualquier *res*, como creo decía Spinoza, lleva consigo el conato a perdurar, pero, aun cosas tan humanas como las lenguas, ni perduran ni pueden tender a perdurar por sí, sino por la voluntad —movida por razones profundas, sean o no racionales— de las gentes que las usan o al menos las estiman.

Bien, los fines los ponemos nosotros. Quedan, sin embargo, por arbitrar los medios más conducentes a esos fines: los más eficaces,

los más rápidos, los más económicos, y así sucesivamente. Al menos en este terreno tan escueto, ¿podemos conseguir de la sociología y aledaños alguna indicación objetiva que nos aparte de veleidades de persona o de grupo?

Lamento decir que no lo creo, como no sea en muy corta medida. Sabemos, para empezar, lo que ha sucedido con un número considerable de lenguas, cómo han subido, cómo han bajado, cómo se han mantenido más o menos en la misma situación. Lo sabemos o podemos enterarnos de ello, al menos si nos resistimos a ver fuera de casa la imagen exacta de lo que vemos o creemos ver en la nuestra.

No obstante, aunque alguien —yo diría que Cicerón— afirmó que la historia es *magistra uitae*, ello no significa que vaya a evitar, por muy a fondo que la estudiemos, el tropezar dos o más veces en la misma piedra. Según se ha repetido tantas veces, el hecho de que Luis XVI de Francia estuviera bien enterado de que Carlos I de Inglaterra, al que le unían incluso relaciones de afinidad, había sido decapitado en el curso de una revolución no llegó a impedir que él mismo, y eso sin que se le conozcan intenciones suicidas, sufriera la misma suerte, a cosa de siglo y medio. En efecto, aparte de que siempre hay quien —persona o pueblo— se deje tentar por empresas temerarias y quien —hombre o colectividad— no acaba de decidirse a romper con su mentida tranquilidad aun ante el más apremiante y grave peligro, la historia tiene la ventaja o el inconveniente de que (medida en tiempo bergsoniano, no newtoniano, como decía Wiener) está llena de procesos similares siempre, iguales nunca. O lo que es lo mismo, de hechos que por su desemejanza nunca podrán ser premisa de conclusiones seguras.

La consecuencia de orden moral que estamos autorizados a sacar cuantos nos inquietamos por el presente y porvenir de alguna lengua es que, por muy expertos en sociolingüística que lleguemos a ser, no nos será sencillo hallar remedios garantizados y menos panaceas infalibles. La única certeza accesible para quienes se han acercado a la historia de las lenguas (y, a todo tirar, hasta para quien no conozca sino el presente y poco más de un par de ellas) es que, cuando alguna goza de espléndida salud en extensión y profundidad, podemos confiar en que le quede por delante una dilatada existencia. Si, por el contrario, vemos a una lengua en graves apuros, sabemos de condiciones que estamos justificados en considerar necesarias para su supervivencia, por más que no sean suficientes. Estas y aun aquellas, sobra decirlo, no siempre están en nuestra mano.

Esta 'lingüística trascendente', en la que entraría también toda la sociología del lenguaje (para algún teórico, aunque no sé de ninguno que lo haya afirmado en otras tantas palabras, la misma vida o muerte de las lenguas sería algo extraño a la lingüística propiamente dicha), no es, por consiguiente, un manual de instrucciones infalibles a poca maña que uno se dé en aplicarlas. Tampoco está claro, en mi opinión, que ese tipo de consideración agote el objeto de estudio. Bien al contrario, creo que la manera de entender las cosas que viene a ser la única que está representada en cuantas gramáticas, diccionarios, etc., se han escrito casi hasta nuestros días, tiene que seguir siendo central en la consideración del lenguaje. Todavía más: me inclino a pensar que esos factores digamos internos no dejan de obrar una acción no despreciable sobre lo externo, sobre el comportamiento de las personas y de la sociedad.

Volvemos ahora a lo que se ha tocado al principio, buen ejemplo de lo que Quine llama *limit myth*, cuyo valor, un tanto menoscabado por las consideraciones intermedias, habrá ahora que reivindicar. Aceptaremos, sin hacer violencia a nuestro saber originario, que una lengua puede muy bien ser llamada 'una' en algún sentido de la palabra, a pesar de las diferencias diatópicas, diastráticas, etc., que queramos imaginar. Existe en alguna parte: en los miembros de una comunidad lingüística y también, como algo ya acabado pero que puede ser interpretado de maneras no coincidentes una y otra vez, en sus productos.

Es también un instrumento: el *organon* que recordaba Bühler. Un instrumento de comunicación que, por ello mismo, puede también convertirse en medio de incomunicaciones para los que excluye de la comunidad. Un día, en una reunión de Euskaltzaindia, presentó Gabriel Aresti como absurda la idea de que la lengua, su conocimiento o desconocimiento, pudiera imprimir carácter: eso sucedía en aquellos tiempos en que los esencialistas por esencia luchaban aquí a brazo partido contra el esencialismo. «Pues naturalmente que lo imprime», dije entonces y repito ahora. «Basta con asistir a una reunión en que se usa una lengua que no conocemos o conocemos mal para saber hasta qué punto quedamos frustrados por esa circunstancia». No precisamente, que es lo que creo que sería señalar Aresti, porque la lengua haya configurado *in aeternum* nuestra manera de sentir y de pensar.

En efecto, una lengua —seguimos personificando— posee, o acaso mejor consiste en un conjunto de elementos materiales y de esquemas formales: rasgos distintivos, fonemas, morfemas, procedimientos de formación de sílabas, de palabras (a pesar de la tra-

dicional desconfianza de los lingüistas, no compartida por los profanos, hacia este concepto), de sintagmas, de oraciones... Añádase que este componente lleva ínsita una aplicación, sin la cual la lengua no sería una lengua natural, a un conjunto de significados, cuya delimitación también podemos hacer, aunque con una precisión menor que en lo referente a la materialidad de lo que se dice o se escribe.

Todo esto es propio de una lengua, y tanto da en este contexto que sea propio en sentido estricto como que sea apropiado, en la medida en que los hablantes lo aceptan y sienten como suyo. Propio no quiere decir, es evidente, que sea privativo o exclusivo, puesto que lo que es de una variedad lingüística también puede serlo de otra u otras, en el marco de éstas, ya que una, como en la herencia biológica, no pierde lo que tiene o adquiere otra, conforme ocurre en la herencia legal.

Aunque Saussure tuviera razón al pensar que «...la lingüística tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma y por sí misma», el objeto de esta lingüística autónoma o inmanente es «la lengua», expresión en que el singular es distributivo: se trata de una lengua cada vez, y cada una de ellas habrá de ser considerada en sí misma y por sí misma. Lo cual no excluye que unas lenguas actúen sobre otras y sean a su vez influidas por éstas. Mejor dicho, que en caso de contacto, que no tiene por necesidad que ser espacial, los hablantes no se ajustan en todo momento a un solo patrón lingüístico, sino que su comportamiento idiomático resulta del entrecruce de normas indígenas y alógenas. En la medida en que se acierte a distinguir unas de otras.

Las huellas extrañas en su origen se mantienen vivas no sólo en un presente más o menos largo, el período de adopción, sino también a veces, ya asimiladas, siglos y siglos más tarde. Por eso la idea de Saussure de que el cambio, concebido en el fondo como algo cuyo único motor son las alteraciones fonéticas aisladas y azarosas, no hace justicia al hecho, subrayado por Coseriu, de que las lenguas no dejan de funcionar porque cambien, sino que cambian precisamente para poder funcionar.

Las lenguas no son de toda evidencia organismos como se dijo durante decenios con el pensamiento puesto en algo que nosotros, ya sin valor mágico, designaríamos de otra manera. Tampoco son mecanismos. Pero, soportadas por organismos y causadas por mecanismos dentro de un ámbito social, constituyen sistemas de al-

guna clase, sistemas que tienen una estructura, como decía Benveniste. Una estructura que es, y no creo que esto quede en mera imagen, homeostática. A pesar de las variaciones incesantes que padece, tales variaciones no son destructuras, puesto que nunca se ha dado el caso de que una lengua, abandonada a sí misma, haya dejado de funcionar. En forma más concreta, una comunidad humana unilingüe jamás ha perdido el habla en su totalidad. La mudéz, como la sordera, no pasan de ser accidentes minoritarios que además, en ciertas condiciones, pueden corregirse.

Puesto que las lenguas dan y toman unas de otras o, mejor, los hablantes que saben de una y otra mezclan, deliberadamente o no, elementos y reglas de diverso origen, el balance de los préstamos no suele ser equilibrado por lo general: en España, hasta hace poco, se trataba de desterrar galicismos del castellano (había que emplear *desquite* y no *revancha*, *inadvertido* y no *desapercibido*, etc.), sin caer en la cuenta de que el contrabando ya venía del inglés, más que de otra parte. De ahí *evidencia*, en la acepción jurídica del término o *emergencia* «grosero anglicismo» según Corominas; de ahí también, aunque en veste latina, *campus*, *corpus*, *curriculum*, *status*, *ego* más *superego* e *id*, que antes se decía *yo* (cf., todavía, *mi otro yo*, ruso *moë drugoe ja*, etc.), fr. *le moi*, al. *das Ich*, etc. Y, pasando a estas dos últimas lenguas, está claro que el inglés durante la Edad Media, a partir sobre todo de 1066, tomó a calderadas del francés a cambio casi de nada, pero ahora son los franceses quienes se quejan, sin abstenerse de practicarlo, del *franglais* a la vez que deploran que muchos de sus científicos se dejen ganar por el idioma vecino en sus escritos o en sus intervenciones en reuniones de especialistas.

¿Se siguen malas consecuencias de estos matrimonios desiguales? El copto, dicen, tomó tanto del griego que se convirtió en egipcio helenizado sobre cristianizado. Murió en el siglo XVI, pero no de indigestión, sino devorado (salvo como lengua litúrgica) por el árabe, lengua de colonización por excelencia, que rara vez y ya en áreas marginales (Turquía, Irán, Pakistán) ha dejado viva otra lengua en zonas islamizadas: no sé si, en la discusión sobre Argelia en las recientes jornadas de sociolingüística que han celebrado los nuestros, se ha acordado alguien del bereber, lengua autóctona del país. El armenio se apropió tanto elemento iranio que fue una proeza de Hübschmann el reconocer que se trataba de una lengua que no pertenecía a ese grupo, pero, a pesar de ello y de una historia más que negra, hay armenios que la siguen usando, empezando

do por la URSS. El albanés recibió tanto latín (y romance) que está incluido, casi como lengua románica, en el *Grundriss der romanischen Philologie* de Gröber.

En cuanto al inglés, que después de 1066 (fecha ya señalada) pasó por una grave pérdida de prestigio y por ello de autonomía, sería difícil de probar que, para el mismo número de versos, los *Canterbury Tales* son de calidad inferior —o, si se quiere, superior— a la balada de Maldon. Esta observación, hay que reconocerlo, está datada, ya que procede de un miembro de una generación por la cual era generalmente admitido el valor de la creación literaria *lato sensu* como índice del valor y del cultivo de una lengua.

Para que el deterioro o desnaturalización de una variedad lingüística llegue a ser sentida sería preciso que el cambio fuera rápido, además de profundo, de modo que en el transcurso de dos o tres generaciones el idioma llegara a ser otro de lo que en un principio era. En cuanto a la profundidad, nadie sabe cómo podría medirse su grado o cuáles son cualitativamente las zonas vitales.

Se podría, piensa uno, llegar a una especie de *pidgin* si se fuerzan las circunstancias, pero también en la mezcla hay reparto de papeles, de ningún modo confusión. En las frases que se intercambiaban con motivo de los viajes —alguna vez tormentosos— de nuestros paisanos a Islandia a lo largo del siglo XVII, lo vasco se encarga más bien de lo categoremático, dicho así en homenaje a los viejos maestros, mientras que lo sincategoremático, la mayoría de los útiles gramaticales, queda en otras manos (que, por cierto, parecen más bien inglesas). Estas muestras, tomadas de Dien, son un buen ejemplo: *Ser ju presenta for mi?* por *Zer ematen didazu (derautazu)?* tipo de pregunta que podía tener por respuesta *Presenta for mi locaria*, es decir, *Lokarria ematen, emango... didazu* o acaso *indazu lokarria*.

La simplificación gramatical (tiempo, modo, enlace de oraciones, posiblemente número) es extrema en el caso siguiente, más complejo: *Christ Maria presenta for mi balia, for mi presenta for ju bustana*, «Kristok (eta) Mariak eman (ematen, emango) didate balea (hots, balea ematen badidate), buztana eman (ematen, emango) dizut». Es ésta más o menos la situación a que había llegado el caló español, seguramente ya en tiempos de Borrow. Los elementos gramaticales le son ajenos, como en esta frase de Juan Valera, la primera gitana en la literatura castellana según Alberto Clavería: *Malos chuqueles te tajelen el drupo*.

Que la lengua vasca pueda volverse un *pidgin*, destinado acaso por la mano oculta de la Providencia a convertirse en idioma criollo, la verdad, no es cosa que me llene de satisfacción. Es verdad que el neomelanesio, pero en condiciones absolutamente diferentes, se ha demostrado capaz, dicen, de servir de vehículo a una administración moderna; en este sentido, el swahili o el malayo de bazar, base del Bahasa Indonesia, lenguas de intercambio, han probado ampliamente su valía. Lo que parece alarmante en nuestro caso, como indicio de una avanzada pérdida de autonomía, es la tendencia que se muestra con ostentación a la traducción, al calco, a la adopción pura y simple, sobre todo porque el internacionalismo que se suele alegar es la aceptación de la norma del *erdara*, entendido como *un erdara*, de nombre conocido. La obediencia se manifiesta sobre todo en léxico y fraseología, acompañada de una reverencia minuciosa a la morfología propia.

Parece más bien extraño que el vehemente rechazo que aparece a cada momento contra la diglosia tradicional se traduzca en otro orden de cosas en un mimetismo aceptado hasta con entusiasmo. Lo tradicional entre nosotros, al menos en buena parte del país, ha sido una situación en que la lengua vasca, por ser la lengua general de uso universal salvo en un pequeño grupo de circunstancias, era de hecho la dominante, aunque se usara poco por escrito o en ciertas ocasiones solemnes. Esto se tradujo en una especie de diglosia digamos interna, dependencia de la norma propia bajo la ajena, que ya desde Dechepare y Larramendi a una y otra banda se trató de atajar. Esta situación subordinada no parece, sin embargo, temible.

Sí lo parece, en cambio, cualquier situación de bilingüismo. La verdad, yo no sé si ésta, donde reduzco el plural al dual, es deseable en sí: pero, peligrosa y todo, es muchas veces inevitable y, para la lengua menor, un mal menor. Las lenguas vecinas, en contacto, pueden ser causa de conflictos. La solución final, por otra parte, la reducción de uno de los contrincantes hasta su eliminación, no siempre produce los resultados deseados por algunos. El *Gaeltacht*, que alcanza también al Ulster, es mucho menos conocido que el Ejército Republicano Irlandés, por ejemplo.

No deja, por otra parte, de ofrecer algunas ventajas nada despreciables, aunque se da el caso de que en zonas que lo disfrutan, así Bélgica o Canadá, bastantes no parecen agradecerlo: bien es verdad que, en esto y en otras cosas, uno no puede menos de

pensar en aquel personaje de cuento que «pedía gollerías». La participación en dos culturas, siempre que una no sea obstáculo para el desarrollo de la otra, es factor enriquecedor para quienes están abocados a ella. Es también favorable el aumento de las facilidades de intercambio, cuando una de las lenguas esté más difundida que la otra.

Ya sé que esto no suele agradecerse por la razón de que uno habría preferido una tercera lengua, de mayor extensión todavía, de uso preferente en determinados campos, etc., etc.: supongo que pocos considerarían motivo importante el poseer una literatura más rica y original. Pero es un hecho que debe tenerse en cuenta que, si uno no suele estar en condiciones de elegir su lengua primera (sin que esto se entienda en sentido cronológico: todos sabemos que algunos la han podido escoger más tarde), tampoco lo suele estar de elegir la segunda. Para empezar por casa, mis posibilidades de dominar el inglés se reducen al aprendizaje doméstico, a la enseñanza por los medios que sean, a alguna visita ocasional, a algún que otro viajero, etc., porque el trato en esa lengua me está severamente condicionado.

Si salta a la vista que no solemos elegir la primera lengua o la segunda, se sigue de ello que, como ya se ha sugerido, el bilingüismo, si ese es nuestro destino, también nos viene forzado. Si lo tenemos pues que sobrellevar, sabiendo que hemos de soportar sus perjuicios no sin alguna mezcla de ventajas, lo mejor es seguir lo que nos aconseja, creo, alguna de las obras de misericordia: me refiero a aquello de «Sufrir con paciencia, etc.». El *amor fati* es claramente aconsejable: más vale siempre que lo impuesto sea, además, si no deseado, al menos tolerado sin rabietas.

Si nos ceñimos a nuestro caso, los que podemos llamar mayoritarios, los que se encuentran en situación dominante, tienen razones más que sobradas para sentirse seguros en cuanto al porvenir de su lengua, salvo riesgos catastróficos que además serían universales como el diluvio. Deben, por otra parte (y estoy hablando de deberes cívicos más que morales, sociales más que individuales), aceptar lo que pueden parecerles molestias, ya que por ser los más están obligados a proteger, no aplastar, a los menos. Les corresponde, además, la carga de unos leves réditos que se derivan de graves agravios históricos.

Es frecuente en zonas bilingües, aunque la situación de fuerzas sea equilibrada, el factor de inestabilidad que dimana de la resistencia de las partes a enterarse de la existencia de los otros.

Así, tengo la sospecha de que lo que irrita más que nada a los flamencos, a cuya comunidad lingüística más bien le vienen estrechos los viejos límites, es la obstinación de walones francófonos que, dueños de una lengua de difusión mundial (más antes que ahora acaso), no se molestan en aprender el neerlandés. También entre nosotros la política de no considerar extraño o intruso lo que es antiguo en el país, a aceptarlo como un hecho que está ahí, será un medio eficaz de mantener una solidaridad que al conjunto de nuestra comunidad le es indispensable.

Bilbao juega en esto, como en todo, un papel de primer orden, y sentiría equivocarme por ignorancia en lo que voy a decir. Alguna vez he creído entender que se me atribuía una inclinación a menospreciar el euskarismo, si puedo llamarlo así, de Bilbao. Algún error que haya cometido, por omisión más que por comisión, no altera, creo, en lo sustancial las conclusiones a que haya podido llegar. Bilbao, a mi entender, ha sido y es bastante menos euskaldun que Donostia aunque, añadido, mucho más que Gasteiz. Basta hojear el *Lexicón* de Arriaga para caer en la cuenta de que el romance de Bilbao, con su *aguaducho* y su *remanecer*, es mucho más castizo (está mejor arraigado) que el de la capital guipuzcoana. El vascuence de Bilbao, por otra parte, fue calificado de *tertium quid* y ejemplificado de modo no muy encomiástico por Juan Antonio Moguel: esas 'ilustraciones' propenden a lo grotesco y exagerado, pero una caricatura, para ser buena, tiene que reflejar algo, y aun mucho, del modelo.

Tenemos, pues, un Bilbao que, por su situación casi limítrofe desde antiguo, con bilingüismo por lo menos ya por su calidad de enclave mercantil, bilingüismo generalizado en círculos que no por rectores tenían que ser poco amplios, no ha sido para la lengua vasca lo que en circunstancias distintas habría debido de ser: esto es particularmente claro, cada vez más claro, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Tampoco ha sido, lamento tener que señalarlo, un *locus* adecuado para el desarrollo cultural de nuestro país. A pesar de esfuerzos brillantes —más bien mal reconocidos— desde los finales de la Gran Guerra, es un lugar común, no falto de fundamento, que el desarrollo económico de Bilbao no guardó proporción con esfuerzos y logros de otro género.

Considero también desventurado que Bilbao desde 1876, a causa quizá de su carácter de invicta villa que le duró hasta que gentes como yo se encargaron de su defensa, no participara del despertar de un sentimiento foralista, mejor vasquista, que tanto

se extendió por Donostia, enfrentada también por tradición con la provincia. Por eso mismo, no es casual (y hago abstracción del conocido factor demográfico) que fuera aquí donde por primera vez, de hecho y no sólo sobre el papel (caso de Chaho), el fuerismo fue sustituido por el nacionalismo: con ello, a mi parecer, se pasaba de las ideas del Antiguo Régimen a las del nuevo, de los fueros a los estatutos de autonomía, en términos actuales. La lengua, tengo que insistir en ella, actuó como factor determinante, y remito al paralelo irlandés, precisamente por lo escaso de su uso: bastantes, no quiero exagerar, se sentían privados de algo que de haber sucedido de otro modo las cosas, les habría debido de pertenecer. ¿Hace falta recordar al primer Unamuno o al menos a uno de los primeros?

Hay otro factor que, empujado hoy todavía por manos torpes o hábiles, envenena las cosas de raíz. Me refiero a la Cultura, patrimonio que pretenden exclusivo algunos que luchan con denuedo contra un enemigo innumerable, cuya fuerza es igual a su ignorancia. Esto, para el de fuera, se presenta como una cristalización llamada a no desaparecer del famoso Sitio, del rechazo del *bato* destinado al parecer a convertirse en *jebo*, transida de autoglorificación. Me permito indicar que, si 1873-74 es decisivo (Somorrostro, salta a la vista, pesa mucho más que Luchana), 1937 no cuenta. Al fin y al cabo, también Balparda, Lequerica, Joaquín Zuazagoitia o don Esteban Calle Iturrino estaban por la Cultura contra la Barbarie.

Si he introducido esta disquisición sobre un problema mucho más político que cultural, es porque de ahí se puede sacar alguna conclusión pertinente en punto a lengua. Aunque hay que reconocer que los representantes de lo que hemos llamado la Barbarie o el Jebismo usaban el castellano cuando hablaban o escribían, con reiteración acaso excesiva, y en todo caso más a menudo que el vascuence —bueno, que el euskera—, empleado con cicatera parsimonia. Pero tenían al menos interés por éste o proclamaban tenerlo; nos dejaban, además, por otra parte, al menos una muestra de su uso. La Cultura, bien al contrario, era monolingüe, en acto y en potencia. No sé cuántos nombres —desearía que fueran muchos— se pueden añadir al de don Pedro Mourlane Michelena en su interés por la otra cultura.

Todo esto equivale a reconocer que hablo de dos culturas (¡pero no, en manera alguna, de dos comunidades!), dos culturas que de suyo no son en modo alguno extrañas la una a la otra y

cuya interpenetración debiéramos buscar con el mayor empeño, porque de una interpenetración mutua no podrían menos de lograrse ventajas para los más débiles, ya desde el primer momento: no hay razón para que a plazo más largo nadie tuviera nada que perder.

Si se me permite descender a interioridades, diré que tuve la fortuna de familiarizarme con la obra de Lizardi (personalizo por sencillez) poco antes de la guerra, durante ésta y años después. Guardo todavía un cuaderno de la copia que hice, con mejor letra que ahora, de *Biotz begietan* en la Prisión Central de Burgos, donde por cierto, y no quiero dejar de aprovechar la ocasión, pero no donde dicen ciertos interesados promotores, se publicó la primera revista clandestina impresa, *Espetxian*, que yo conozca bajo el franquismo.

Pero mi entusiasmo por esa obra, difícil de entender ahora por la nueva crítica, iba acompañado, no intento explicar por qué, de la que sentí (y ejemplifico una vez más) por *La leyenda de Jaun de Alzate*, obra que leí, siempre que pude, en el folletín de *Tierra Vasca*, órgano de Eusko Ekintza, por otro nombre Acción Nacionalista Vasca. No voy a tratar de explicar por qué y en qué —desde luego, no en la lengua— lo encontraba *gogaide*, del mismo espíritu, que los poemas de Lizardi: el hecho es ése. A fin de cuentas, uno llegaba a la conclusión de que hasta los Bárbaros sentíamos, y podíamos expresar en los mejores momentos, algo que valía la pena de defender. Incluso con la muerte (pero no con el asesinato).

En cuanto a los defensores de la cultura que Lizardi podría personificar y que es también —no hay por qué disimular— la que para mí es la primera, les ofrecería algunos consejos, nacidos de una larga e interesada experiencia, aunque sin esperanzas de mover montañas. Me parece que, en lo vasco, la lengua es el elemento cultural más importante: el más importante, pero también el más frágil. Utilizarla como ariete en apoyo de fines que son a lo sumo políticos me parece una insensatez pura y simple, si no es un crimen contra el país.

Una política lingüística —que es, no lo olvidemos, una política cultural— supone cargas para la comunidad. Aceptada su necesidad, hay que ordenar las inversiones de acuerdo con el peso de los problemas y de los rendimientos esperados. Hay esferas cuya ocupación es vital, mientras que otras, en comparación, parecen accesorias. Un noble impulso expansivo que se proponga cubrirlo todo no puede ser, por grandes que sean sus virtudes intrínsecas,

la guía de una planificación. Se debe una fidelidad inquebrantable a lo mayor y más urgente.

Cuando se trata de dar un doble salto —un salto lingüístico unido a un salto cultural, ya que nuestra participación en este campo no es por desgracia demasiado brillante—, la tarea se complica. Se diría que el progreso y la adaptación lingüística se hiciera sobre un doble fundamento. Hacen falta, en primer lugar, personas que conozcan de verdad, de primera mano, el campo de que se trata. Después, gente con formación humanística bastante: en historia y en filología, porque aquí ya no bastaría la lingüística. Y que posean, además, un mínimo de gusto si se ha de conseguir que las acuñaciones verbales tengan una garantía mínima de autenticidad. Y que no se caiga en el empleo de una jerga que, si ahora es aceptada por razones que se saben o se adivinan, puede caer tan rápidamente en descrédito como las formaciones de los *neoterikoi*.

Y guardémonos en lo posible del espíritu de suficiencia que lo está invadiendo todo. *Grammaticus ipsa arrogantia est* decían al parecer hace unos siglos y esto, si incluimos a los lexicógrafos entre los gramáticos, no deja de ser actual entre nosotros. Hay quienes, sin haber oído hablar de Bridgmann, poseen la definición operativa que permite separar *garbitasuna* de *garbikeria* o similares en el léxico. Tenemos hasta un *parvenu* que, sin haber visto un metro en su vida, dictamina sobre el justo medio. En fin, esperemos que Dios nos tenga de su mano. Incluso, aunque me temo que la fórmula sea impía en la forma, más de su mano, si esto es posible, que hasta ahora.